



## Una vida dedicada a San Juan de la Palma

Con **Clemen, Manolo Ortiz y Antonio Rivero** se fue una generación de hermanos que, a través de diferentes motivaciones y cada uno desde su parcela, siempre **buscaron lo mejor para la hermandad.**

**ANTONIO BORREGO  
PACO CASTRO**

**E**n muchas ocasiones, cuando se habla de cofradías, rara vez se profundiza más allá de la mera capa superficial que conforman bien el patrimonio, nada desdeñable por supues-

to, o bien las informaciones que los diferentes medios día a día publican sobre ellas. Y son muchas las veces que esto hace olvidar que las cofradías son mucho más que todo eso y, que si hay algo verdaderamente importante detrás de nuestras benditas imágenes no es otra cosa que el patrimonio humano que se esconden

de tras las puertas y paredes de iglesias, sacristías y casas de hermandad.

**Más si cabe,** cuando dentro de este valioso grupo de personas, en ocasiones, aparecen algunas que, por su trascendencia en el seno de las hermandades calan de forma especial. Es por ello que vaya este pequeño homenaje a tres de estos hermanos que hicieron de esta Corporación su vida y su razón de ser. Y que, con sus años de dedicación y con su forma de actuar han provocado que la hermandad de la Amargura que vivimos hoy no pueda entenderse sin las aportaciones de cada una de estas inestimables figuras. Manolo Ortiz desde detrás de su mesa en la mayordomía, Antonio Rivero en el atrio recogiendo jazmines para adornar el Sagrario o Clemen con el frío de cada tarde de otoño



EUGENIO BORREGO



EUGENIO BORREGO



EUGENIO BORREGO



EUGENIO BORREGO

vendiendo lotería detrás de su característica ventana. Tres claros exponentes de una generación de personas que decidió entregar su vida a la hermandad de San Juan de la Palma sin perseguir otro interés que buscar el bien de la corporación y el de los demás por encima de todo.

**Y no se puede hablar** de buscar el bien de los demás por encima de todo sin que se venga a la memoria la primera protagonista de este pequeño homenaje. Clemencia Mejías, o como todos la conocían, Clemen. Esa persona que ha conseguido que, aún hoy, cuando en las frías noches de otoño se baja por la calle Regina para enfilarse Feria, se haga difícil no esperar ver ese cartel saliendo por la ventana de la casa hermandad en el que rezaba *Hay lotería de Navidad* a la vez que se escuchaba como una letanía esa bondadosa voz de Clemen repitiendo sus frases de “Lotería de Navidad”, “¿Quiere lotería señora?”, “Lotería de la hermandad de la Amargura”. Incluso el que escribe tuvo el privilegio, de niño, de pasar muchas tardes asomado a esa ventana junto a ella haciendo por vender unos décimos de lotería para nuestra hermandad.



MANOLO GUERRERO

## La infinita **bondad de Clemen** llegó a conmovernos a la mismísima **reina Fabiola de Bélgica**

**Sin embargo**, si bien el recuerdo de la lotería es imborrable, Clemen fue mucho más. Fue una persona cuyo único objetivo en la vida era vivir por y para los demás. Si no vendía lotería ajustaba las cuentas de lo vendido. Si había besamanos, era la primera junto con Rocío Ortiz detrás de la mesa de recuerdos. Si había

que vestir a la Virgen, mientras fue camarera, allí estaba ella con todo el mimo del mundo para ayudar a cambiar a su Santísima Virgen de la Amargura. Que había que preparar las enaguas almidonadas, incluso sin ser ya camarera, ella se ocupaba también. Y sobre todo, siempre con su característica sonrisa llena de bondad y desprendiendo generosidad para con todo el mundo. Como lo hacía cada mañana con los enfermos. Porque si las tardes eran para San Juan de la Palma, las mañanas eran para visitar a personas hospitalizadas. A diario iba al Hospital Virgen del Rocío como voluntaria a acompañar y a regalar su inagotable alegría a los enfermos de cáncer o a cualquier persona sin familia a la que acompañar durante su estancia en el hospital.

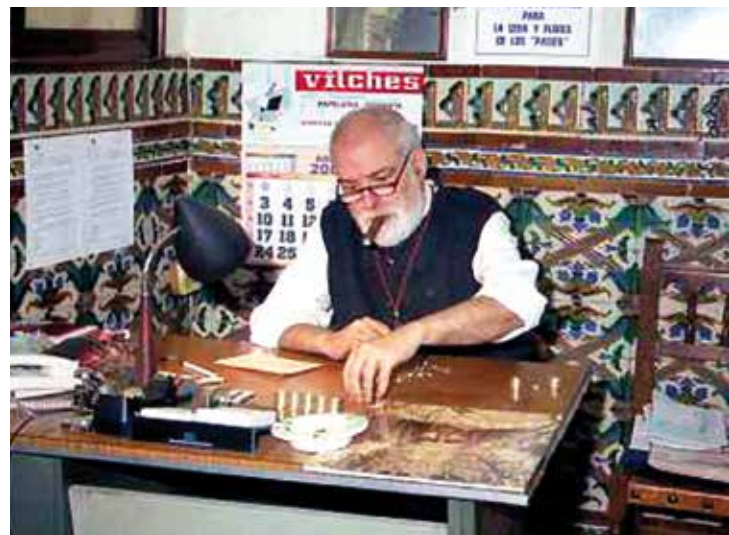
**Y siempre con el único objetivo** de ayudar y de darse a los demás, como lo hacen también las Hermanas de la Cruz



EUGENIO BORREGO



MANOLO GUERRERO



EUGENIO BORREGO

a las que tanto quiso y cuya afinidad a ellas le permitió conmovier hasta a la mismísima Reina Fabiola de Bélgica. Sucedió cuando los reyes del país belga se encontraban de visita en Sevilla. Una de los actos programados en la visita consistía en la asistencia de los monarcas a los oficios en el convento de las Hermanas de la Cruz, acto al que también asistiría Clemen. Y ocurrió que al saludar nuestra querida hermana a sus majestades, Clemen aprovechó el momento para decirle a la Reina que se sentía muy identificada con ella porque tampoco podía tener hijo. Este acto lleno de bondad y comprensión caló tanto en Fabiola que no dudó un solo momento en agarrar a Clemen del brazo para que la acompañara junto con el Rey y todo su séquito caminando hasta San Juan de la Palma.

**Este es un ejemplo más** de como Clemen, con su infinita bondad era capaz de conmovier y de entregarse a cualquier persona. Como lo hizo siempre con las Hermanas de la Cruz, gesto que la congregación supo devolverle permitiendo que pasara junto a ellas sus últimos días.

**Con Clemen se fue** una gran parte de la historia reciente de la hermandad. Sin embargo, como pasa con todas las buenas personas, su recuerdo y su obra permanecen imborrables en todos los que la conocieron, y que aún hoy siguen

**Manolo Ortiz era una auténtica biblioteca de la hermandad, dice Javier Prados**

esperando enfilarse la calle Feria una noche de otoño y volver a ver el cartel de *Hay lotería de Navidad*.

**Y si son muchas** las personas que aún recuerdan el cartel de Clemen, también son muchas las que a día de hoy, al llegar a mayordomía, echan de menos ese olor a puro que marcó a varias generaciones, ese olor a puro que representaba una forma de hacer las cosas y de entender la hermandad de la Amargura, ese olor a puro que impregnó toda la es-

tancia durante cuarenta años de historia de San Juan de la Palma, ese olor a puro tan característico de Manolo Ortiz, el eterno mayordomo. Y es precisamente con él con quien la palabra mayordomo despliega su verdadero significado en latín, el más importante de la casa. Y Manolo demostró serlo durante los más de cuarenta años que fue miembro activo de la hermandad.

**Hablar de Manolo Ortiz** puede resultar de todo menos fácil. Hablar de él es hablar de su familia y, hablar de la familia Ortiz es hablar del pasado, presente y futuro de la hermandad de la Amargura, o de San Juan de la Palma, como a él le gustaba referirse a ella. Ya al propio Manolo la tradición amargurista le venía tanto por parte de padre como de madre. Como muestra de cuán férreo era el vínculo de su familia con la corporación, hay que decir que la foto de familia numerosa de los Ortiz, Manolo era el quinto de seis hermanos, se hacía en la puerta de San Juan de la Palma.

**A lo largo de su vida** demostró ser muchísimas cosas. Demostró ser un gran trabajador, un hombre muy familiar, un

gran sevillista y un gran apasionado de su ciudad. Pero sobre todo demostró ser un enamorado de San Juan de la Palma. Tanto es así que nunca consintió mudarse del centro para no alejarse de la hermandad. Y no había día en el año en el que tras finalizar su jornada laboral, compuesta por dos trabajos, no fuera directamente a San Juan de la Palma para estar allí hasta bien entrada la noche. Esta era su rutina todos los días del año. Y las vacaciones reservadas para Cuaresma, obviamente.

**Su recio carácter** es algo que siempre caracterizó a Manolo. Era una persona, según confiesa su gran amigo, Javier Prados, a la que era muy difícil decirle que no. Pero que a la vez demostraba ser una persona con un gran corazón que valoraba enormemente a todo aquel que venía a trabajar por la hermandad. Y desde luego era una persona extremadamente amargurista y que hacía las cosas al modo de San Juan de la Palma, buscando siempre lo mejor para la corporación. Si se le pregunta a sus hijas Mercedes y María del Carmen, no dudan en calificarlo con dos palabras que recogen todo lo que fue Manolo Ortiz, *irrepetible* y *hermandad*. Una personalidad como ninguna otra y cuya vida giraba en torno a su hermandad.

**Siempre tuvo una personalidad** muy marcada y con un profundo sentido autocrítico que desplegó a lo largo de sus cuarenta años de papel activo en la hermandad, ya fuera desempeñando el cargo de prioste, secretario, diputado mayor de gobierno o por supuesto el de mayordomo. El propio Javier Prados no duda en calificarlo como el mejor diputado mayor



J.L. PUEYO

de gobierno de Sevilla. En todo momento sabía cómo estaba siendo y como debía ser el discurrir de la cofradía en ese preciso instante. Y tenía un sexto sentido para detectar cualquier anomalía en el cortejo. Anomalía que rápidamente él mismo subsanaba.

**Manolo Ortiz, con su forma de ser,** con el amor que profesaba por su hermandad, con el néctar de González Byass que bebía en compañía de Javier Prados tras recoger la cofradía mientras decía su tradicional frase de *Esto ha sido un desastre*, con el amor hacia su familia y con su forma de entender San Juan de la Palma, fue una persona irrepetible, como sus hijas lo definen. Una persona que con su callada labor incansable día a día ha hecho que los últimos cuarenta años de historia de la Amargura no pueden entenderse sin su figura.

**Y si hemos hablado** de un gran sevillista, ahora le toca el turno a un insigne bético. Y qué bético. Si por él hubiera sido habría echado abajo media Nervión con esa guasa tan suya de bomba va y bomba



EUGENIO BORREGO



ARCHIVO

viene. Ese era Antonio Rivero, sacristán de San Juan de la Palma durante más de cuarenta años.

**Nacido en la trianera** calle Alvarado y hermano de la Estrella, llegó a San Juan de la Palma para cubrir la vacante de sacristán, previa petición al párroco de la época. Además, Antonio, tras asumir el puesto también traslada su residencia a la propia iglesia, ya que por aquellos días la vivienda del capiller se encontraba en lo que hoy es el archivo. Los que le conocieron en profundidad, como Jesús Mejías o Antonio Borrego, cuentan que a



EUGENIO BORREGO

pesar de haber sido una persona que no tenía sus orígenes en la corporación de la calle Feria, y que siempre llevó a su hermandad de la Estrella por bandera, con el paso del tiempo se volvió profundamente amargurista en la forma de desempañar su trabajo. Ya fuera durante las tareas de cuidado y mantenimiento de la iglesia, en sus labores de priestía a la hora de montar los altares junto a su equipo, o a la hora de vestir a la Virgen o a las imágenes del misterio.

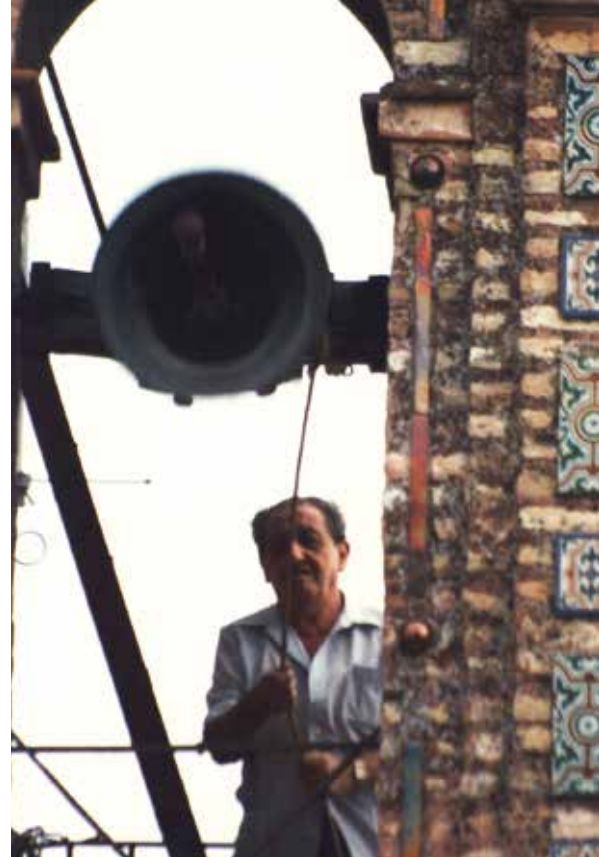
**Antonio Rivero** fue una persona que sabía muy bien escoger a las personas de las que se rodeaba y un gran conocedor de la liturgia, pero que a la vez sabía ver y valorar a la persona que venía de verdad a trabajar y a involucrarse en la hermandad. Prueba de ello es que, si bien es cierto que de primeras, los acólitos

hermanos no encontraron en su figura un gran defensor, poco a poco fueron capaces de ganarse su confianza. De la misma forma que, taurinamente hablando, fue él quien le dio la alternativa a un joven Jesús Mejías, que años más tarde acabaría convirtiéndose en sacerdote, cuando lo llamó para que le ayudase a vestir por primera vez a las imágenes del misterio.

**Durante las mañanas** de la calle Feria era normal ver a Antonio el sacristán sentando en la salita de entrada de

### **Antonio Rivero** era una persona **con un gran corazón**

la casa hermandad pendiente de todo el que pasaba, o recogiendo jazmines del atrio para depositarlos sobre una bandeja de plata para colocarlos en el Sagrario. Y pobre de aquél que cogiera algún jazmín y Rivero lo viera. Los que le conocieron de verdad cuentan que él tenía su forma de actuar, que como la de Manolo y Clemen siempre iban dirigidas a buscar lo mejor para la hermandad y que no la cambiaba por nadie. Así recuerdan como en cierta ocasión, mientras cambiaba a la Virgen, ocurrió algo que él consideró fuera de lugar y no dudó en interrumpir su tarea e irse a su casa y terminar al día siguiente cuando no hubiera nadie. De la misma manera que recuerdan que era una persona humilde y de gran corazón. Hasta el punto que era bien sabido en la hermandad que el propio Antonio destinaba gran



ARCHIVO

parte de su sueldo a ayudar económicamente a familiares y amigos.

**Y aunque extremadamente** amargurista en su forma de hacer las cosas, la hermandad de la Estrella siempre fue su hermandad. En tono de broma siempre decía que prefería ser un *estrellado* que un *amargado*. Tal era su amor por la corporación trianera que cada Domingo de Ramos por la mañana, un coche lo llevaba a ver a la Estrella en su paso. Y durante la estación de penitencia, al no poder entrar con la Amargura en la carrera oficial, adelantaba a la cofradía para ver a la Estrella salir de la Catedral para después volver con la cofradía de San Juan de la Palma. Precisamente fue el amor por sus dos hermandades, ya que con el tiempo se hizo hermano de la hermandad de la calle Feria, lo que le dio la



EUGENIO BORREGO

idea a tres jóvenes para uno de los regalos más especiales que le hicieron a lo largo de su vida.

**Antonio llevaba** bastante tiempo aquejado de su enfermedad y ésta ya le impedía salir de sus dependencias como solía hacer antes de caer enfermo. Así que, aprovechando el día de San Antonio, los miembros del grupo joven decidieron prepararle una entrañable sorpresa. Entre todos los jóvenes se organizaron y obsesquiaron a Antonio con un cuadro con las fotografías de sus dos Vírgenes, la Amargura y la Estrella, ambas acompañadas de un poema sobre el hipotético encuentro de las dos vírgenes y, como no, con una tarta con el escudo de su tan querido Betis.

**Con el paso de los meses** la enfermedad de Rivero no hizo sino agravarse, dejándole sin fuerzas para dejarse ver por los que habían sido sus dominios durante más de cuarenta años. Sin embargo, esos jóvenes que tanto le apreciaban nunca se olvidaron de él, y periódicamente subían

a su casa a visitarle. Y es precisamente en una de éstas visitas, cuando tres de ellos viven uno de esos momentos que nunca han podido olvidar. Tras un rato de charla con el sacristán, recuerdan como si fuera ayer, como Antonio Rivero, con las escasas fuerzas que le restaban se agarró ambas manos y se despidió de ellos, sabiendo que se despedía de estos jóvenes que tanto quería para siempre. Y así fue. La siguiente vez que pudieron verle, el sacristán vestía la túnica de su hermandad de la Estrella, el día que finalmente descansó para poder encontrarse con sus dos Vírgenes como aquel trianero que soñaba de la poesía



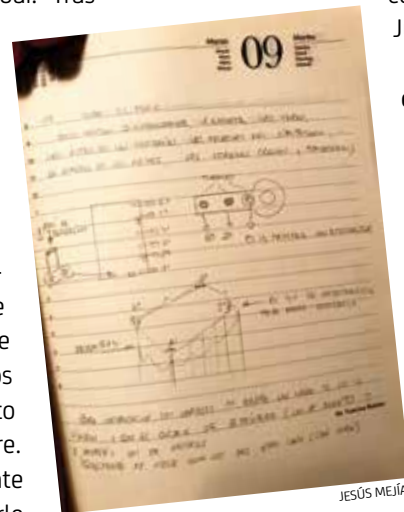
ARCHIVO

del cuadro que aquellos jóvenes pocos meses antes le habían regalado.

**Con Clemen, con Manolo Ortiz y con Antonio Rivero** se fue una forma de entender las cofradías, una forma de entender la ayuda a los demás y sobre todo se fue una generación que decidió regalar todos los días de su vida a su hermandad, sin esperar a cambio nada más que el conseguir lo mejor para San Juan de la Palma.

**Con este texto los que firmamos** hemos querido regalar un pequeño homenaje a estas tres grandes personas que marcaron nuestra hermandad y a nosotros mismos. Sin embargo el homenaje va más allá de estas dos firmas, ya que sin la colaboración de amigos y familiares como Javier Prados, Rocío, María del Carmen y

Mercedes Ortiz, Mercedes García, Jesús Mejías, Concha Bermudo y Eugenio Borrego nada de esto habría sido posible. Desde aquí nuestro más sincero agradecimiento a todos ellos. //



JESÚS MEJÍAS